

*“Mujeres y migración:
Historias de fe, resiliencia
y esperanza.”*

PRESENTACIÓN

Como cada año, desde el Departamento de Mujeres y Justicia de Género, nos acercamos a las comunidades de la Alianza de Iglesias Presbiterianas y Reformadas de América Latina, AIPRAL, para invitarles a unirnos en el Día de Oración por las Mujeres Latinoamericanas (DOMLA). Celebración que cada mes de Setiembre nos convoca e invita a renovar nuestro compromiso con la justicia de género.

El programa del DOMLA 2026 fue preparado por un grupo de hermanas de Cuba.

Damos gracias a Dios por su guía e inspiración, y a las hermanas cubanas por el trabajo colectivo y la generosidad al compartir sus dones. Compromiso, creatividad y sensibilidad expresados en el programa: "Mujeres y migración: Historias de fe, resiliencia y esperanza".

Deseamos que las celebraciones del DOMLA 2026 sean tiempo de encuentro y bendición, en los que sintamos el abrazo de la gracia divina renovando nuestras fuerzas, y uniéndonos en esperanza.

Rvda. Claudia Tron

Coordinadora Departamento de Mujeres-Justicia de Género

GRUPO ORGANIZADOR DEL DOMLA 2026

Luisa Mildrey Garcia Ruiz, Pastora de Iglesia Morava Ebenezer en Santa Clara, Coordinadora Nacional de Mujeres Moravas.

Marlen Dorado Cruz, Presbitera Gobernante Iglesia Presbiteriana Reformada en San Antonio de los Baños, Artemisa. Tesorera del Presbiterio Habana de Mujeres. Coordinadora de la Red Ecuménica Fe por Cuba en Artemisa.

Tania Sánchez Fonseca, Pastora y presidenta de la Iglesia Morava en Cuba. Sede nacional IMC en la Habana.

Sarahí García Gómez, Presbítera gobernante, Capellana de la Juventud Presbiteriana y asesora de la Unión Nacional de Mujeres Presbiterianas Cubanas. Primera Iglesia Presbiteriana-Reformada de la Habana.

Grethy García Garcia, Presbítera gobernante, Directora de la Unión Nacional de las Mujeres Presbiterianas Reformadas de Cuba y historiadora de la Unión Presbiterial de Mujeres Presbiterianas Reformadas en el Presbiterio de La Habana.

Ada Lidia Fornaris Córdova, coordinadora de mujeres y maestra congregación Belén, La Habana.

Liset Amador Lafuente, Presbitera Gobernante de la Iglesia Presbiteriana Reformada Placetas, Directora de la Fraternidad Local, Vicedirectora de las fraternidades Presbiterial del Centro y Nacional.

Alicia María Miranda Francisco, Presbítera Gobernante de la Iglesia Presbiteriana Reformada de Placetas. Directora Presbiterial de la Unión de mujeres Presbiteriana del Presbiterio del Centro.

Bárbara Yuliza Delgado López, Iglesia Presbiteriana- Reformada en Placetas, Villa Clara. Directora Asistente del Centro de Actividades Nacionales de la Iglesia Prebiteriana (CANIP).

Dailenys Bermúdez García, Presbítera Gobernante. Iglesia Presbiteriana- Reformada "El Redentor" Versalles. Matanzas. Cuba.

Dora E. Arce Valentín, Presbítera Pastora, Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba.

Glenda L. Martínez Cabrera, Iglesia Presbiteriana- Reformada en Los Palos.

Olidia Benigna Duardo Rojas, Anciana de la iglesia Morava en Santa Clara y Misionera en Manicaragua.

"Mujeres y migración: Historias de fe, resiliencia y esperanza"

SUGERENCIAS PARA LA AMBIENTACIÓN DEL LUGAR

El centro litúrgico puede conformarse con paños de los colores de la bandera: azul, rojo y blanco. Se puede hacer una procesión o expresión corporal para entrar el símbolo: un jolongo, jaba o bolso. Para que quede visible se puede poner sobre una mesa auxiliar o en una percha de carteras. Dentro del bolso se pueden colocar otros objetos que serán usados en la celebración.

I. PRELUDIO

Proyección video presentación del país.



[CLICK AQUÍ](#)

II. INTRODUCCIÓN DEL TEMA

Las mujeres, en general y las cubanas en particular, hemos experimentado la violencia en todas las formas posibles y hasta casi imposibles. En el contexto cubano reciente, como en todos los tiempos de crisis, cualquiera sean los avances en la sociedad en tanto derechos de las mujeres y la lucha por la equidad, siempre hemos testificado del retroceso de muchos de esos derechos. Cuba, como toda la región y tal vez todo el llamado Sur global, ha tenido que sufrir el impacto de la migración. Nuestra población se ha reducido de casi 11 millones de habitantes a un poco menos de 10 millones por diversas causas, pero una de las que más impactos han tenido ha sido la migración, especialmente de su población en edades laborales. Eso ha hecho que nos hayamos convertido en uno de los países más envejecidos de la región con todo el peso de la reproducción de la vida sobre generaciones adultas, casi en su mayoría las denominadas adultas mayores (por encima de 65 años). Dado que la cotidianidad impacta diferenciadamente a las mujeres, esta se ha convertido en un espacio donde la violencia, la lucha diaria por la sobrevivencia en medio de escaseces de todo tipo, son nuestro día a día.

Hemos escogido el jolongo, -la jaba en términos más usados por las personas en nuestro país-, ese morral que es ya parte de la anatomía de nuestras mujeres; como símbolo no sólo de todas esas cargas que llevamos sino también de la resistencia, de la resiliencia, de la capacidad de convertir las cargas en dignidad que nos permita levantar la mirada y enfrentar la vida cotidiana con la certeza de que Dios carga con nosotras ese peso de la vida, nos mira con ternura y nos da las fuerzas que muchas veces nace más de la terquedad que del alimento o de la real fortaleza de nuestros cuerpos deteriorados por la falta de electricidad, de combustible, de alimentos, de medicamentos, de esperanzas en el futuro.

Por eso, ponemos delante de nuestras hermanas latinoamericanas, nuestras voces cansadas pero agradecidas del amor de Dios que no falta y que nos hemos empeñado en proclamar a toda costa y a pesar de todo. Si algo pesa en nuestros jolongos es la convicción de que la gracia de Dios es también lucha por la vida y certeza de que su Reinado, en medio de tantas incertidumbres, envía sus señales en la resiliencia de nuestras madres, hijas, compañeras, hermanas en la fe. Dios es buena y nosotras lo sabemos, lo vivimos y hoy, lo compartimos con ustedes, hermanas latinoamericanas.

¡Un abrazo sororo desde una Cuba desgarrada y oscura, pero con mujeres que cargan la vida y la esperanza en sus pesados jolongos seguras de que juntas podemos levantarnos y hacer de esta tierra hermosa el país que todas soñamos!

Sean bienvenidas a esta celebración por la vida, por la resistencia ante los poderes del mal que quieren transformar nuestras cargas en obediente sumisión. Sean bienvenidas todas las que sabemos que nuestros jolongos llevan el amor, el servicio, nuestras comunidades de fe, nuestras familias y sobre todo la certeza de la gracias de Dios en cada una de nosotras.

Canto de bienvenida

(invitar a saludarse)

Vengan, vengan todos.

Letra y música: Lois Kroehler

¡Edifiquemos juntas,
edifiquemos juntas,
edifiquemos juntas!

¡Vengan, vengan todos!
¡Vengan, levantémonos!

¡Edifiquemos juntos,
edifiquemos juntos,
edifiquemos juntos!

III. MOMENTO DE INVOCACIÓN Y ALABANZA

ORACIÓN DE INVOCACIÓN

Dios del camino, a la y raíz de nuestros días, hoy venimos las mujeres latinoamericanas a adorarte como muestra de gratitud y amor. Tú estás aquí, en medio de tu pueblo, que despide a sus hijas e hijos y también en medio de los pasos peregrinos. Espíritu de vida, justicia y verdad, tu gracia aligera nuestras cargas, y nos sostiene. Acompáñanos cuando nuestras voces se alcen en cánticos, alabanzas, y oraciones. Abre nuestros sentidos para escuchar tu Palabra. Hoy compartimos nuestras historias de angustias y dolor; esperando que sean transformadas en vida, alegría y fortaleza para tu gloria. Nos congregamos por ti, en nombre de Jesucristo. Amén.

CANTO COMUNITARIO

Al despuntar en la Loma el día.

Letra y música: Heber Romero (Cuba)

Al despuntar, en la loma, el día,
al ver tu gloria nacer,
se llena el campo de tu alegría,
se ve la hierba crecer.

Y yo, Señor, que temía
que no fuera como ayer,
//te veo aquí, como siempre,
en mi vida y en mi ser.//

Se mezcla el sol en el horizonte
con un verde cafetal;
en la espesura canta el sinsonte;
vuelve la vida al corral.

Y siento el aire fragante,
mezcla de aroma y sudor.
//Y tú me pides que cante,
y cántole al Señor.//

Quisiera ser como aquel arroyo,
grato para refrescar;
o el arrullar de tu pensamiento,
que se escucha en el palmar;
como el cantío de un gallo,
como el trinar del zorzal,
//mi voz se alzaré en el viento,
oh, Dios, para cantar.//

IV. MOMENTO DE CONFESIÓN

Introducción

Hagamos una pausa para reconocer que en ocasiones no prestamos atención a todas las voces que se alzan para cantar. A menudo cerramos las puertas a quienes llegan buscando refugio, olvidando que también fuimos extranjeras en tierra ajena. Pidamos perdón por las veces en las que nuestra fe se ha quedado quieta, sin atreverse a cruzar la frontera hacia el otro o la otra.

Oremos en silencio por perdón y reconciliación para que Dios renueve en nosotras la esperanza que camina, la fe que se mueve, el amor que acoge.

Tiempo de silencio

ORACIÓN COMUNITARIA DE CONFESIÓN

*(Alternando con el canto “Espíritu de vida”
Letra y música: Clara Luz Ajo Lázaro, Cuba).*

Confesamos, Dios de los caminos, que hemos preferido la comodidad al compromiso. Perdona nuestra indiferencia ante las mujeres que cargan su jolongo y cruzan fronteras buscando un hogar.

Respuesta cantada:
***Espíritu de vida, perdónanos,
danos la esperanza,
danos la fuerza, el amor.***

Confesamos que hemos silenciado las voces de las mujeres que cargan con el dolor del desarraigo. Perdona cuando no reconocemos tu imagen en la migrante cansada.

Respuesta cantada:
***Espíritu de vida, libéranos,
danos la esperanza,
danos la fuerza, el amor.***

Perdona nuestras palabras que juzgan, nuestras puertas que se cierran, y nuestras manos que no se tienden para ayudar, olvidando que en cada migrante nos visitas Tú.

Respuesta cantada:
***Espíritu de vida, transfórmalos,
danos la esperanza,
danos la fuerza, el amor.***

Danos la valentía de abrir el jolongo de nuestro corazón, para guardar todas las historias, las lágrimas y todos los sueños inciertos. Por tu infinita misericordia, restáuranos. Amén.

Seguridad del perdón

Dios, rico en misericordia, que sacó a su pueblo de la esclavitud y guió a María por los montes de Judea, ha escuchado el clamor de su pueblo, ha visto tu cansancio y tu deseo de cambiar. En el nombre de Jesús, extranjero y peregrino que caminó por Galilea, Samaria, Tiro y Sidón, nuestras faltas son perdonadas. ¡Levántate, mujer libre! Sigue caminando. No cargues más el peso de la culpa; levanta tu bolso, Dios la llenará de gracia y de vida nueva. Amén.

V. MOMENTO DE LA PALABRA Y ORACIONES DE LA COMUNIDAD

CANTO PARA RECIBIR LA PALABRA

A la sombra de tu ley.

Letra y música: Amós López Rubio (Cuba)

Hoy tu pueblo se alegrará
al andar tus caminos.
La justicia y la verdad,
tu Palabra traerá.

Estrillo: En tu ley, meditaremos;
en tu ley, nos gozaremos;
en tu ley, celebraremos
día y noche tu amor.

Como árbol frondoso,
como agua que anima,
nuestras vidas proclamarán
tu Palabra de paz.

Estrillo

Toda obra de la maldad
se irá con el viento.
Querada tu Palabra en pie,
quedará nuestra fe.

Estrillo

LECTURA BÍBLICA (TEXTOS)

Breve reflexión introductoria a los testimonios (cada una puede sacar algo de jolongo como símbolo para compartir su testimonio).

Historia de Yamila y el poder de la sororidad

Soy Yamila. Tengo 52 años. Hace un año aprendí a poner la mesa sola. Al principio, cada cubierto me pesaba como si fuera una carga demasiado grande. La taza de café que antes compartía con mi única hija, Daniela, ahora permanece vacía. Ella emigró a Madrid, y aunque cada noche nos conectamos por videollamada, el abrazo no viaja por la pantalla; ese gesto de cercanía y consuelo no puede digitalizarse.

Mis carencias no se miden en alimentos ni en objetos. Se miden en silencios. En el cumpleaños que celebro sola, encendiendo una vela que también uso cuando hay cortes de electricidad. Se miden en la fiebre de una madrugada donde nadie me acerca un paño de agua fría. En el nieto que crece mirándome desde una foto pegada en el refrigerador.

Hay días en que el pecho se me encoge. Días en que hacer la fila para comprar pan es un alivio, porque al menos hay voces alrededor. Deisy, mi amiga y hermana en la fe, me visita con frecuencia. La recibo con una pequeña sonrisa, pero con unos ojos llenos de tristeza.

—Ya no puedo más —susurro.

Deisy toma mi mano con suavidad, abre su Biblia y responde:

—Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Con esa promesa compartida, me abraza con fuerza.

Hoy no he resuelto de golpe mi soledad. Sigo extrañando a mi hija. Pero ahora, cuando el silencio se vuelve demasiado pesado, recuerdo la mano de Deisy, ese gesto de apoyo entre mujeres. Y repito para mí: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. No porque el dolor desaparezca, sino porque el dolor no me define. Y porque sé que no camino sola. La promesa de Filipenses es para mí y para tantas mujeres latinoamericanas —y del mundo— que viven la separación familiar por la migración.

Cristo no elimina la distancia, pero hace más cercano el camino. Y una de esas señales son las Deisy de la vida: mujeres que acompañan. No hacen milagros, pero regalan presencia. Y en ese dar y recibir afecto se encuentra la fortaleza de Dios.

Preguntas para alentar la reflexión

¿Qué situaciones enfrentan las mujeres latinoamericanas viviendo en situaciones de emigración ya sea en un país emisor o que recibe?

Invitar a nombrar esas señales de Dios (gestos concretos o nombres de mujeres) que nos acompañan en medio de la separación familiar y la soledad.

Historia de Tatiana, una adolescente migrante (Inspirada en 2 Reyes 5, 2-3)

Llegamos un domingo a la nueva casa. Llovía. Era como si el cielo quisiera acompañarme en un llanto que no acabaría nunca. Miré por la ventana y enseguida recordé el olor a tierra y yerba mojada. Aquí todo era distinto, el olor horrible de los basureros se hacía más intenso con la lluvia y subía vapor del asfalto. Sí, todo era distinto, no había portales, solo casas cerradas y edificios inmensos destruidos.

Yo sólo podía pensar en mis baños bajo aguaceros junto a mis amigas, ahora me sentía en un lugar distante. Pero lo peor fue al otro día. En la escuela nadie se acercó, y yo apenas, por mi timidez, podía decir mi nombre. La primera mañana fue inmensamente larga y así fue cada día. Las únicas palabras que intercambiaba era cuando me preguntaban de dónde venía. Yo decía con orgullo el nombre de mi pueblito y se reían. No sé qué le veían de gracioso.

También en ocasiones los escuché comentando de mi pelo ensortijado. En fin, comencé a llorar por dentro cada día, recordando a mis amigos, a mis amigas. Mamá y papá se pasaban el día hablándome de las bondades de la ciudad, pero yo no veía muchas. Solo algo me daba fuerzas para levantarme al otro día, la oración que me enseñó abuela antes de morir. Al orar cada noche sentía a abuela cerca acariciándome mi cabellera resorte mientras me dormía. Un día todo cambió, los recuerdos dejaron de ser dolorosos. Ese día una de las personas que más me molestaba con nombretes y burlas lloraba en un banco de la escuela. Me acerqué y era tal su desesperación que me contó todo. Había discutido con la directora. Él había dejado la escuela para trabajar, y así ayudar a su madre y sus hermanos. Su padre se había ido del solar y del país. Entonces oramos con la oración que mi abuela me enseñó. Desde ese día nos hicimos buenos amigos y cada vez que uno de sus amigos estaba en problemas me pedía: "Dale, di la oración esa, es mágica".

Yo reía emocionada. Comprendí entonces que más allá de mi rabia y mi dolor por tanta nostalgia, podía hacer nuevas amistades y ayudar a los demás con esa fe de mi abuela, la que me enseñó desde niña, en mi pueblito.

Preguntas para alentar la reflexión

¿Qué aprendemos de esta mirada adolescente de la migración?

¿Qué aspectos de nuestra identidad y de la memoria cargamos en nuestras "jabas-jolongos" para enfrentar las crisis propias de la migración?

¿De qué manera la migración puede ser también una experiencia de

Historia de Noemí, la viuda que renació en la comunidad (basada en hechos reales, apoyadas en el salmo 37:5 y 68:6)

Me llamó Noemi y tengo 72 años. Soy viuda, enfermera de profesión, tengo una hija y un nieto a los que amo con locura, desde joven dediqué mi vida a curar pacientes y a acompañar almas, mi uniforme impecable era símbolo de mi entrega. Aunque cansada, siempre encontraba fuerzas para atender a los más necesitados, había escuchado hablar de Dios y en alguna ocasión visitaba la iglesia. Pero la vida me puso pruebas duras: Mi hija y mi nieto emprendieron el duro camino de la migración, quedé sola, anciana y con el corazón desgarrado y con la incertidumbre de si volvería a verlos.

En medio de la desesperanza, mi vecina Juana, que es de la congregación de la iglesia, se convirtió en mi sostén y me leía dos salmos que jamás olvidaré: "Dios hace habitar en familia a los desamparados", y el otro decía: "Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará". Así me acompañaba en oración y me abrió las puertas de su comunidad, mostrándome que la iglesia era un lugar seguro y de espera.

Poco tiempo después en un taller de mujeres de sanación del cuerpo, comunidad y medio ambiente, la persona encargada de hablar sobre salud, no pudo asistir, entonces alguien dijo ella es enfermera jubilada. Me invitaron a compartir, pude explicarles sobre el tema y les gustó mi intervención.

Desde ese día comencé a servir en el dispensario médico de la iglesia, mi vida dio un giro de 90 grados, encontré un nuevo amor, fui instalada como diaconiza y hoy sirvo como capellana hospitalaria acompañando a enfermos y familias en momentos de dolor.

También supe que mi resiliencia no consistió en negar mi dolor si no en transformarlo en testimonio, mi fe me permitió: Resistir con dignidad, aceptar la soledad sin perder la ternura para los necesitados y reconocer que la iglesia es refugio para quienes sufren la soledad y el desarraigo. Aprendí que la comunidad es puente que transforma la desesperanza en propósito y que la resiliencia se convierte en emprendimiento espiritual: los dones personales florecen y se ponen al servicio de todos. La iglesia se convirtió en mi familia y en mi espacio seguro.

Preguntas para alentar la reflexión

Cargas en tu jaba dolor y soledad, pero ¿cuántas experiencias puedes sacar de ella convertidas en oportunidad, servicio y propósito?

¿De qué manera nuestra comunidad de fe puede seguir siendo un espacio seguro y puente de esperanza para mujeres que enfrentan el desarraigo y los desafíos de la migración?

Historia de Gloria y de cómo migrar desde la violencia a la dignidad

—¡El pan, el pan calentico de Gloria! (pregona al entrar con su cesta, mientras alguien se acerca y le pide: Por favor, ¿me da un pan de Gloria?
Se ríe y contesta: "Perdón, no vendo pan de Gloria, es que Gloria es mi nombre".
Llega a la sala, mira a su alrededor y pide perdón por el retraso.

Mi nombre es Gloria, y hoy quiero contarles mi historia. (Hace una pausa)
Yo, he aprendido a conocer el peso exacto de una maleta y no hablo solo de kilos, hablo de ese peso que llevas dentro cuando cierras la cremallera y sabes que no vas a volver, ese peso que tiene los nombres de todos los lugares que cargas y dejas atrás y el miedo de todos los que aún no conoces.

La primera vez que emigré fue de la casa de mi madre. No quería terminar como ella. Crecí viéndola apagar su luz detrás de un hombre que no la merecía, y juré que eso no me pasaría a mí. Así que cuando llegó Él, con sus ojos bonitos y su promesa de amor distinto, yo ya llevaba la maleta hecha en el corazón. En ese entonces yo cargaba con la ilusión del primer amor, ese sueño que nos hacen creer desde chiquitas, el que escuchas en los cuentos, el que ves en las películas, el que te repite alguna novela. Y por aferrarme a ese sueño, algunas señales pasaron desapercibidas. Una mirada que antes era dulce y que empezó a pesar, un comentario que me desacomodaba, un silencio que no era normal. Pero yo me negaba a querer ver las señales, Hasta que un día las palabras hirientes, los golpes y las humillaciones se volvieron cotidianos y tú te quedas ahí tirada en el piso quebrada y con los pedazos rotos de lo que creías que era el amor.
Llegaron los gritos, las humillaciones, esas palabras que te van descosiendo por dentro hasta que ya no sabes dónde termina su voz y empieza tu silencio. Después llegaron los golpes. Aquella tarde, mi mejor amiga me preguntó: "Gloria, ¿por qué te quedas?". Y le dije: "Por miedo. Miedo a enfrentar la vida sola, miedo a empezar de cero y creyendo que el amor todo lo puede cambiar. Quería huir pero no tenía las condiciones para hacerlo. Eso era todo. Miedo puro.

En medio de todo ahí estaba Dios. Ese Dios que nunca me abandonó y que me salvó innumerables veces. Entonces fue mi iglesia mi espacio seguro, la gente que habitaba en ella se convirtió en mi familia. Pero no me salvaron con cursilerías ni abrazos que se deshacen, me salvaron de otra forma. Allí, conocí a mujeres que me miraron sin lástima, mujeres que también habían tenido que cerrar maletas a

escondidas. No me dijeron "todo va a estar bien", me dijeron: "Mira a lo que tú ya has sobrevivido". Me recordaron mi valor cuando yo ya lo había olvidado, me despertaron la creatividad que él había enterrado, esa capacidad de imaginar una vida distinta, de tejer un plan, de construir con pocas monedas una salida. Me hablaron de libertades, de esas que no te las regalan sino que las construyes con tus propias manos y sueños, me hablaron del amor en otra dimensión, uno que no exige, no humilla, no golpea, un amor que no te pide que dejes de ser tú para quedarte. Me enseñaron la palabra autonomía, y esa palabra en mi boca supo a liberación. Y fue allí, en medio de ellas, donde escuché por primera vez una promesa que se me quedó grabada en los huesos: "Esfuézate y sé valiente, porque yo, tu Dios, estaré contigo". No era un sermón vacío, era un permiso, era un empujón, era Dios diciéndome que no estaba sola, que podía dar el paso, que su mano me sostendría aunque todo a mi alrededor dijera lo contrario. Así que esa noche saqué la maleta, cerré y me fui. (Hace una pausa).

Sí, hoy me dedico a vender pan. Y esta es mi historia, no es un relato de compasión, es un relato de cómo Dios me habló, me desafió y me acompaña en medio de las incertidumbres, un relato donde descubrí mis propias fortalezas y sí, fueron esos espacios de mujeres los que me tendieron la mano sin pedirme explicaciones. La sororidad fue un gesto hermoso que me abrazó, restauró y me recordó que no estoy sola. La resiliencia no es un concepto bonito, es algo que habita, que migra, que se muda de las tinieblas a la esperanza. Hoy mi esperanza tiene olor a pan recién horneado, son manos que amasan mis sueños y una voz firme determinante que ya no tiembla al decir: "¡El pan, el pan de Gloria!". Porque Gloria, ahora, soy yo.

CREDO CANTADO

Credo Madre Mía

Letra y música: Glenda Martínez Cabrera (Cuba)

Estrillo: Creo en Dios

Madre mía

Creo en toda tu bondad

Creo en Dios

Madre mía

Que te haces comunidad

Creo en tus manos que me alcanza
cuando ya no puedo más

Y en la esperanza de la hermana
que me viene a visitar

Creo en tu soplo de ternura

Cuando abraza la amistad

Y que en tu amor está la cura
para nuestra soledad

Estrillo

Creo en los cántaros q un día
me invitaste a soltar

Y en esa agua que podría
toda mi sed refrescar

Que no hay violencia que te nombre
Frente a mi fragilidad

Y que valiente me creaste
Para el mundo transformar

Estrillo

Creo en que cuidas nuestros pasos

Si decido navegar

y junto a toda travesía
Acompañas el andar

Tiempo de gratitud e intercesión

(Invitar a compartir motivos de gratitud e intercesión y cada tres motivos cantar: “**Míranos con buenos ojos**” de Lysbeth Riera Leal, Cuba. Culminar este tiempo con la siguiente oración)

CANTO: Míranos con buenos ojos, oh Dios y estaremos a salvo, con tu mirada buena de amor, a salvo

ORACIÓN DE GRATITUD E INTERCESIÓN

Amado Dios estamos agradecidas por tu presencia en nuestras vidas, ponemos nuestras cargas en tus manos. Gracias por tu consuelo y porque hasta aquí nos has ayudado. Gracias porque tú has llenado nuestros jologos de resiliencia y esperanza en medio de la incertidumbre y la nostalgia.

Te pedimos por aquellas mujeres que han sufrido separación de sus familias a causa de la migración. Renueva la fe de tantas mujeres que han perdido la esperanza, acompaña a las que han sufrido la violencia de la invisibilidad y la falta de oportunidades por el hecho de ser consideradas “extranjeras”.

Fortalece a aquellas que luchan día a día, las que lejos de su nación añoran a los suyos. Sostén a aquellas que han dicho adiós a sus seres queridos con el corazón desgarrado y se encuentran con la soledad de sus hogares, después de una dolorosa despedida.

Señor sé el guardián de cada vida insegura para que cada historia de migración sea testimonio de tu acompañamiento y fidelidad. Multiplica cada voz que se levanta desde lo interno del alma esforzada. Gracias te damos en el nombre de Jesús.
Amén.

VI. BENDICIÓN Y DESPEDIDA

ENVÍO Y BENDICIÓN

Canto de salida con el jolongo lleno de frases de bendición para el camino, para la familia cubana y latinoamericana donde quiera que esté.

Mujer 1: Vayamos al mundo con el jolongo al hombro. Que ese jolongo no esté lleno de lo que nos sobra, sino de lo que nos duele: las historias de dolor que recogeremos a nuestro paso, las lágrimas de quienes agobiadas esperan un gesto de ternura. Llevemos en él el pan compartido, la palabra oportuna, la mano tendida.

Vayamos con la fuerza y la firme determinación de quienes saben que cada carga que ponemos en el jolongo es un ladrillo para construir un mundo mejor, un nuevo orden de justicia, fraternidad y paz, cimentado en los valores de nuestra fe compartida.

Mujer 2: Que el jolongo sea nuestra señal: no llevamos equipaje de lujo, sino el justo para caminar ligeros y disponibles. Que al final del día, al vaciarlo, encontremos que lo que dimos se ha multiplicado, y que en el fondo del jolongo —como un milagro— sigue brillando la bendición de Aquel que encarnó el amor de Dios en medio nuestro.

Mujer 3: Dios nos enseñó que no hay otro camino que el de amar y servir. Que su bendición sea cada día nuestro sostén, nuestra guía y nuestra inspiración. Que, en comunión con su amor, unidos nuestros corazones y nuestras manos —y nuestros jolongs—, seamos antorchas de su luz e instrumentos de compasión en medio de las angustias de este mundo. Y así, con el corazón encendido por el amor del Nazareno —Él que cargó con el jolongo más pesado, el de nuestra cruz—, salgamos sensibles y abiertas a las necesidades y al clamor de tantas personas que necesitan nuestro acompañamiento y nuestros gestos concretos de solidaridad. Amén.

CANTO COMUNITARIO DE SALIDA

La Iglesia va caminando (Letra y música: Raquel Suárez, Cuba)